



DOSSIER:
«MEMORIA DE
MARIO JARAMILLO»



Mario Jaramillo en Las Pampadas, Parque Nacional El Cajas, 25 de julio de 2020. Foto: Fabián Jaramillo. Archivo familiar

D

MEMORIA DE MARIO JARAMILLO

Mario Jaramillo Paredes nació en Cuenca el 23 de agosto de 1945. Licenciado en Humanidades Modernas y Doctor en Historia por la Universidad de Cuenca, entre 1971 y 2007 fue profesor de Historia de la Cultura e Historia del Arte en ese centro universitario. En la Universidad del Azuay ejerció como decano de la Facultad de Filosofía (1981-1986), Decano General de Investigaciones (1986-1992) y Rector durante tres períodos sucesivos, desde 1992 hasta 2012. Entre 1997 y 1998 se desempeñó como ministro de Educación y Cultura. Fue presidente de la Comisión de Cultura y de la Comisión de Control del CONESUP (Consejo Nacional de Enseñanza Superior Universitaria Privada) y del Observatorio de los Derechos de la Niñez y Adolescencia. Articulista en varias revistas y diarios, publicó los libros *Estudio histórico sobre Ingapirca* (PUCE, Quito, 1976) y *Sociología de la ética cuencana* (2013). Falleció en su ciudad natal el 8 de abril de 2023. La Universidad del Azuay lo despidió con una emotiva capilla ardiente.

LA HUELLA DE UN CABALLERO EJEMPLAR

Francisco Salgado*

En el panorama educativo del Ecuador, pocas figuras han influido con tanta relevancia como Mario Jaramillo Paredes, quien, durante veinte años, guió el camino de la Universidad del Azuay hasta convertirla en una de las mejores del Ecuador. Su legado marca un hito en nuestra consolidación institucional y en nuestra proyección nacional y, en términos más amplios, en el contrato social por la educación en nuestro país.

Desde sus inicios como rector se mostró visionario y fue moldeando —junto a nuestros Forjadores— el alma de la UDA. No se contentó con mantener el *statu quo*, sino que buscó constantemente mejorar y probar los logros de una manera objetiva, lo que nos llevó a ser la primera universidad acreditada del Ecuador.

Su trabajo no se limitó a los confines del campus. Su capacidad para construir puentes y formar alianzas impulsó a que la universidad estableciera nexos fructíferos de cooperación con otras instituciones académicas y organizaciones nacionales e internacionales. Esta red de colaboraciones fortaleció la proyección nacional de la universidad y amplió las oportunidades para su comunidad docente y estudiantil: de una universidad modesta, que funcionaba en horario vespertino-nocturno, se transformó en un referente nacional. Mario Jaramillo fue vicepresidente de la Asamblea de Universidades, presidida por León Roldós.

D

A lo largo de su trayectoria, Mario demostró que la educación es un acto de reciprocidad entre seres humanos y no solamente un conjunto de asignaturas que aprobar. Advirtió contra los mercaderes de la educación superior que ofrecían el éxito fácil y enfatizó en la necesidad del esfuerzo para la formación integral de la persona como pilar fundamental para la edificación de una sociedad justa y equitativa.

A través de conmovedores testimonios, *Coloquio* dedica el dossier de su número 70 a quien encarnó la figura del Quijote, del hombre que libra las batallas que merecen ser libradas, aún aquellas que las sabemos perdidas. De ética intachable, no dudó en llamar con todas sus letras a quienes pretendían abusar del poder o a quienes querían concentrarlo para sus fines, proponiendo formas de organización radical que nos dieran autonomía para hacer las cosas por nosotros mismos. En un momento particularmente crítico de nuestra historia reciente, Mario supo pronunciarse con claridad:

La lucha por el trabajo digno para todos, por una educación pertinente y de calidad, por una salud pública verdadera, una vialidad razonable, por una autodeterminación de cada región o provincia, debe ser el gran sueño del futuro. Cuenca sabe hacer bien las cosas y puede hacer todo bien disponiendo de una autonomía radical y, si es necesario, entrando en un sistema federal. Lo que no puede es seguir como hasta ahora con un centralismo gatopardista, que de tiempo en tiempo cambia algo para que en el fondo no cambie nada.

Mario influyó mucho en mi propia trayectoria de servicio a nuestra comunidad educativa, confiándome integrar su equipo, primero en el decanato de investigaciones, y luego en el vicerrectorado. No solamente impulsó nuestra candidatura, sino que nos acompañó con singular cercanía y amistad durante el tiempo de nuestra gestión. Era muy grato verle en el campus, como nuestro Forjador y mentor. Su voz, en su último mensaje, permanecerá en mi pecho de manera indeleble, para fortalecer el ánimo y profundizar el trabajo. El recuerdo de su humor y su sonrisa que esbozaba una lágrima de alegría quedará con nosotros para siempre.

*Francisco Salgado (Cuenca, 1959). Ingeniero Civil por la Universidad de Cuenca, tiene una especialidad en Dirección de Instituciones de Educación Superior, en la Universidad de Sevilla, un máster en Ciencias de la Computación en Ball State University (Indiana) como Becario Fulbright, una maestría en Antropología del Desarrollo por la Universidad del Azuay y un doctorado en Administración por la Universidad Andina Simón Bolívar, sede Quito. En 2017 fue posesionado como rector de la Universidad del Azuay y fue reelegido en diciembre de 2021.

MARIO JARAMILLO: MAESTRO, CONSTRUCTOR Y HOMBRE DE CONSULTA

Enrique Ayala Mora*

Luego de una conferencia que había ofrecido sobre temas de historia antigua del Ecuador, se le acercó una señora que había escuchado atentamente la exposición y le preguntó. Vea doctor, ¿usted es doctor para curar o para defender? La respuesta fue: «Señora, yo no soy ni médico ni abogado, soy doctor en Historia». La dama le espetó con énfasis: «Entonces no sirve para nada».

Mario Jaramillo Paredes contaba esta anécdota con mucha gracia y también con resignación, porque como historiador había tenido que oír muchas veces observaciones parecidas. En realidad, los historiadores, etnohistoriadores, arqueólogos, antropólogos y otros trabajadores de las ciencias sociales hemos tenido que explicar «para qué sirve» nuestra profesión, que es una necesidad social y un ejercicio central para la cultura.

Pero Mario no solo demostró con su vida que su aporte intelectual fue de calidad y muy necesario para el país, sino que también sirvió con distinción en otros campos, como su trayectoria lo demuestra.

Mario Jaramillo fue un intelectual profesional y un maestro de vocación. Ejerció la cátedra desde el nivel de la actual educación básica y el bachillerato, hasta la universidad. Fue docente desde 1972 hasta 2012... toda una vida. Su principal actividad fue, sin duda, el rectorado de la Universidad del Azuay, antes Pontificia Universidad Católica del Ecuador, sede Cuenca, que bajo su conducción tuvo un notable crecimiento y se consolidó como uno de los centros superiores más prestigiosos del país. Como rector, fue un referente de la educación superior ecuatoriana y ejerció varios cargos directivos, entre ellos la vicepresidencia de la Asamblea de la Universidad Ecuatoriana.

Escribió una tesis doctoral pionera sobre la historia de Ingapirca, que es fuente de consulta hasta la presente fecha. Se mantuvo publicando estudios y artículos —quizá menos de los que habríamos esperado

D



Intervención de Mario Jaramillo, en su calidad de ministro de Educación, Cultura y Deportes, en la entrega del Premio Nacional Eugenio Espejo. De izq. a der.: Nicolás Kingman, Oswaldo Viteri, Ángel Felicísimo Rojas, representante de Alfonso Rumazo González y el presidente de la República Fabián Alarcón, Palacio de Gobierno, Quito, 1997. Archivo familiar



Condecorado por el presidente de la República Fabián Alarcón con la Orden Nacional al Mérito en el grado de Gran Cruz, Palacio de Gobierno, Quito 1998. Archivo familiar

D

de él— hasta los últimos años. Escribió en la prensa por décadas, y sus opiniones, a veces duras y directas, eran ampliamente respetadas.

Su prestigio de docente y rector le convirtió en «hombre de consulta» para muchos delicados temas políticos, educativos y culturales. Fue llamado a varias responsabilidades públicas, entre ellas el Ministerio de Educación, que le tocó dirigir a inicios de este siglo XXI, en momentos de recesión, inestabilidad y confusión nacional. En ese campo tuvo también otras funciones, como miembro de la Junta Consultiva del Ministerio de Relaciones Exteriores, del Contrato Social por la Educación y vocal del Consejo Nacional de Cultura. Fue activo miembro de Participación Ciudadana y presidente del Observatorio de los Derechos de la Niñez y Adolescencia.

Su figura alta y delgada le daba cierto aire quijotesco que se profundizó al cabo de los años. Su hablar calmado y tranquilo comunicaba confianza. Pero su seriedad nunca fue sinónimo de distancia humana o soberbia. Al contrario, la gente lo sentía muy cercano. Tenía paciencia, a veces enorme, para escuchar. Era comedido y se comprometía a hacer favores difíciles de conseguir. Pero también era firme en sus posturas y decisiones, y no tenía miedo de mantenerlas, aunque fueran impopulares. Fue un personaje al que no se puede olvidar fácilmente.

Acepté con entusiasmo escribir unas pocas líneas sobre Mario y agradecí de todo corazón esa posibilidad. Me sentiré particularmente honrado de que las publique la Universidad del Azuay, centro académico al que vi nacer hace varias décadas, de la mano de Hernán Malo. ¡Cuántas veces hablamos allí con Mario sobre propuestas y proyectos para que nuestras universidades sean mejores!

Una vez, una señora le dijo a Mario Jaramillo que como doctor no servía para nada. Su vida es la mejor prueba de que ella estaba equivocada, porque su aporte a su nativa Cuenca y al país fueron enormes en varios campos. En la vida se necesita doctores para curar y defender, pero, sobre todo, para aprender y enseñar. Y eso lo hizo Mario con solvencia, delicadeza, firmeza y sentido humano.

Quito, septiembre de 2023

* **Enrique Ayala Mora** (Ibarra, 1950). Historiador, catedrático político y editor. Licenciado y doctor en Educación por la Pontificia Universidad Católica del Ecuador. Estudió inglés en Cambridge, hizo una maestría en Historia Comparativa en la Universidad de Essex y un doctorado en Historia Moderna en la Universidad de Oxford (PhD). Fundador y exrector de la Universidad Andina Simón Bolívar, sede Quito, donde se desempeña como profesor. Es catedrático en la Universidad Central del Ecuador y ha sido docente en varias universidades de Latinoamérica y Europa.

MARIO JARAMILLO, EL HUMANISTA

Genoveva Malo*

Son múltiples los valores que reconocemos en un ser humano: la sensibilidad, la inteligencia, la coherencia, la bondad, entre otros tantos que hacen a una persona íntegra. Al encontrarme escribiendo estas líneas sobre una de las figuras más representativas que ha tenido la Universidad del Azuay resuenan en mi mente y corazón escenas, palabras, imágenes y el sereno tono de voz de un grande, de una de las personas más admiradas y queridas de nuestra comunidad universitaria: Mario Jaramillo.

Su nombre es la memoria viva de un intachable ciudadano, profesor, amigo, miembro de familia y político; pero, sin duda, es su larga y fecunda rectoría en la Universidad del Azuay una de las facetas más luminosas de su vida. En el campus lo conocimos como el maestro y amigo, el mentor y rector de brillantez única y profundos valores humanos. De caminar pausado, sabía detenerse y escuchar. Es allí donde conocí a Mario.

Tuve la fortuna de integrarme a la Universidad del Azuay como profesora durante su primer rectorado y puedo decir, sin temor a equivocarme, que fue un faro que iluminó mi camino y pasión por el arte, la cultura, el diseño y la academia. Nos apoyó con decisión y convicción cuando soñábamos en un nuevo momento de especialidades para la Facultad de Diseño en el año 2000, y siempre decía: «En Cuenca hay un antes y un después de la Facultad de Diseño». En 2009 motivó con corazón, conocimiento y decisión, la creación de la Escuela de Arquitectura como un promisorio proyecto académico para la Universidad del Azuay; catorce años después, nos sentimos felices con la siembra de Mario Jaramillo, con los sueños de quienes acogieron y continuaron esta maravillosa idea cuyos frutos se evidencian en la renovada infraestructura del campus y en la formación de nuevos arquitectos.

D



Audiencia con el Papa Juan Pablo II, Roma, 1998. Archivo familiar



Mario Jaramillo se posesiona como rector ante monseñor Alberto Luna Tobar, Canciller de la Universidad del Azuay. Constan el secretario Efraim Idrovo y Francisco Salgado Arteaga, Decano General de Investigaciones. Archivo familiar

D

Su legado trasciende la Universidad, su faceta de político y académico lo llevó al Ministerio de Educación y Cultura, en donde trazó nuevos horizontes para la educación en el país.

Un Quijote moderno

Lo que se comentaba en los pasillos era una realidad: su figura alta y delgada era la semblanza de un Quijote en la academia. Con su imagen evocaba al mismísimo personaje de Cervantes. Mario Jaramillo era un intelectual y un caballero de la educación, siempre dispuesto a luchar por las causas nobles y justas. Sus ideales fueron su lanza, su escudo y su armadura en esta travesía al servicio a la sociedad. Un humanista que impregnó los más altos valores a la comunidad y que se propuso —y consiguió— poner el nombre de la Universidad del Azuay en el mapa de las grandes universidades del país.

Su figura es la personificación de un Quijote moderno, un luchador incansable por el conocimiento, la verdad y la justicia. Su legado perdurará en la memoria de quienes lo tratamos y en la inspiración que ha brindado a generaciones de estudiantes de la ciudad y del país.

A Mario lo recordamos con la sabiduría de un académico erudito y la humildad de un hombre de bien. Lo vimos actuar en distintos espacios académicos, administrativos y culturales de la Universidad, la ciudad y el país. Hizo de su vida y de su trabajo el testimonio de un hombre sabio, amable, diáfano y firme de convicciones.

Mario Jaramillo ha sido, en esencia, un constructor de puentes. Ha tejido conexiones entre generaciones, entre disciplinas y entre culturas. Su habilidad para unir a las personas en pos de un objetivo común ha fortalecido a la comunidad académica y ha contribuido a un ambiente de colaboración y respeto. Mario escribió con firmeza los primeros capítulos en la historia de la Universidad del Azuay, entre 1992 y 2012. En su rectorado se inauguraron nuevas e importantes carreras como la de Medicina —que la soñó junto a Edgar Rodas—, se desarrolló el primer posgrado y se realizaron importantes alianzas internacionales. La Universidad del Azuay se convirtió en la primera universidad acreditada del país.

La vida de Mario Jaramillo es una lección de integridad y perseverancia, un ejemplo para quienes hacemos la Universidad del Azuay.

* **Geneveva Malo.** Diseñadora, doctora en Diseño por la Universidad de Palermo. Profesora e investigadora de la Universidad del Azuay, ha sido coordinadora de carreras, subdecana y decana de la Facultad de Diseño, Arquitectura y Arte. En 1998 participó en la primera investigación sobre artesanía de la OEA-CIDAP. Actualmente es vicerrectora académica de la Universidad del Azuay.

MARIO JARAMILLO PAREDES, ENTREGA Y HONRADEZ

Joaquín Moreno Aguilar*

Supe de la existencia de Mario Jaramillo allá por 1966 o tal vez 1967, cuando estudiaba el primer año de la Facultad de Filosofía en la Universidad de Cuenca. Él cursaba el tercero y había organizado un paseo a Ingapirca para nosotros, los novatos. Recuerdo que fuimos en autoferro, algo que ahora casi suena a ciencia ficción, y que ascendimos a pie desde la línea férrea a esas ruinas incas, todavía no bien excavadas, a las que Mario dedicaría mucho tiempo de estudio.

Un salto de 56 años. La última vez que me vi con él, que era ya un amigo de mucho tiempo, fue en los últimos meses de 2022.

Trabajaba en lo que —no lo sabíamos— iba a ser su última contribución a la ciudad.

Con el apoyo de la Corporación Desarrollo Comunitario (CDC) y la Cámara de Industrias, Producción y Empleo (CIPEM), Mario se había propuesto reeditar libros que merecieran ser puestos al alcance de las generaciones actuales. Libros hechos en Cuenca y libros que, de alguna manera, han hecho a Cuenca. Nos convocó a Juan Martínez y a quien suscribe para conversar acerca de los títulos de estas posibles reediciones. Hicimos una primera selección.

Nuestro siguiente encuentro fue en la Imprenta Monsalve Moreno para dejar el primer libro de la colección que iba a llamarse «Biblioteca Cuencana». El libro era *Cuenca colonial*, de Ricardo Márquez Tapia. Esta obra está ya reeditada y en su contratapa están las palabras de Mario, presentando la colección.

Fue la última vez que nos vimos.

Vale indicar que la CDC y la CIPEM, con muy buen criterio, continuarán con este esfuerzo de reediciones en la colección que se llamará «Biblioteca Cuencana Mario Jaramillo Paredes».

D



El expresidente de la República Rodrigo Borja visita la Universidad del Azuay, 1999. Archivo familiar

Si he comenzado por estos hechos tan distantes es porque muestran aspectos de la personalidad de este gran hombre: preparando un paseo para que los nuevos estudiantes conozcan Ingapirca; trabajando desinteresadamente en reeditar libros para ponerlos al alcance de nuevos lectores. Decenas de años trabajando para los demás.

Y entre todo este montón de años, ¿qué?

Como lo he dicho: una vida dedicada al servicio a la sociedad, en especial a la educación, como profesor de colegio, docente universitario, decano, rector de la Universidad del Azuay. Como ministro, haciendo educación, creando nuevos espacios de formación. Sus realizaciones fueron muchas.

Fue cuando entré a trabajar en la —en ese entonces— Pontificia Universidad Católica del Ecuador sede en Cuenca, hoy Universidad del Azuay, cuando pude conocerlo más y apreciar muchas facetas de su personalidad.

Al poco tiempo de trabajar allí, me nombró fiscal de la Facultad. Un puesto que me permitió conocer los distintos asuntos y problemas de los estudiantes. Luego me hizo subdecano.

Él era el decano. Y una noche —pues éramos nocturnos en esos tiempos— me llamó a su oficina para consultarme un caso delicado. Le di mi criterio. Coincidimos. Me di cuenta clara de que no me consultaba realmente, que él ya tenía formada su opinión, pero que lo hacía por delicadeza y, tal vez, para conocerme más. No puedo abundar, pero procedió con firmeza y decisión, como lo vería hacer muchas veces después. Siempre preocupado por la parte humana, solo supimos de su decisión: él, yo y la persona involucrada.

Hay muchas cosas que decir de él. Destacaré solo dos: su auténtico interés por los demás y su honradez.

Su interés por los otros no era de los que solo se expresan en palabras. Él lo transparentó en acciones.

Cuando fue elegido rector, una de sus primeras resoluciones fue que se pague los sueldos el último día del mes o el primero del siguiente. Esto, que puede sonar a algo obvio, no lo era. En una universidad de recursos muy limitados, significaba poner a las personas por encima de otras posibles necesidades. Lo cumplió a lo largo de sus tres períodos. Su preocupación por los demás, como he dicho, se manifestaba en acciones concretas como el apoyo que dio a todos los trabajadores y empleados que necesitaban completar sus estudios. No solo los apoyó, diría que hasta los presionó con delicadeza para que terminen el bachillerato en unos casos, para que sigan una carrera universitaria en otros e incluso el cuarto nivel. Estas y otras acciones influyeron para que en la primera evaluación, uno de los puntajes altos lo obtuviera la variable del sentido de pertenencia a la institución. Los números mostraban con fuerza que quienes trabajábamos en la UDA nos sentíamos parte de ella y trabajábamos por ella.

No es un dato sin importancia: fue elegido rector en tres ocasiones y en cada una de ellas, el porcentaje de aceptación fue mayor. Es que era un gran profesor, un gran administrador. Un rector de puertas abiertas.

Respecto a su honradez, en esta época en que la deshonestidad y la corrupción han crecido y se han apoderado de muchas instancias, Mario Jaramillo Paredes brilló con una administración escrupulosa de los fondos de la Universidad.

Contaré una breve historia de la que, asimismo, no puedo dar muchos detalles para tratar de seguir con la discreción que él siempre tuvo. Hace muchos, muchos años, como se dice en los cuentos, me llamó al rectorado y me mostró dos proformas para la portada de una publicación. Me preguntó por qué si la una valía, me invento una cifra, 300 000 sucres, la otra costaba algo más, 330 000. Me preguntó si eran iguales. Y lo eran. El mismo tipo de papel, el mismo tiraje, el mismo número de colores. Creo que fue la primera vez que vimos escrito un fatídico 10 %. En su rostro se pudo ver, primero incredulidad y luego una profunda decepción. Era tan honrado que se resistía a creer que eso existía en la

D



Mario Jaramillo, ministro de Educación, Cultura y Deportes, visita al presidente de España José María Aznar en la Moncloa, Madrid, 1998. Archivo familiar

realidad. De eso, como dije, hace muchos años, cuando había sucres, esa moneda que espero nunca regrese.

De lo siguiente si puedo dar más datos.

Cuando dirigía Educación Continua y Posgrados —como se llamaba en ese entonces—, en los primeros años visitaba los hoteles para ver cuáles eran las mejores opciones que podíamos ofrecer a los profesores invitados. Se trataba de darles comodidad, tranquilidad, buen ambiente, sin lujos. Estudiaba todas las opciones, elegíamos en conjunto alguna de ellas y me insistía en que en los contratos que hiciéramos constase expresamente que no se permitirían lujos como comidas con vino, por ejemplo. Su permanente preocupación porque los fondos de la universidad tuviesen un uso correcto y honrado llegaba hasta estos detalles.

* **Joaquín Moreno Aguilar** (Cuenca, 1946). Estudios de Lengua y Literatura en la Universidad de Cuenca. Fue profesor del colegio Daniel Córdova Toral, encargado de publicaciones en el Centro Interamericano de Artesanías y Artes Populares (CIDAP). En la Universidad del Azuay fue subdecano, decano, director de escuela y vicerrector. Ha publicado dos novelas humorísticas y diversos artículos en las revistas *Artesanías de América*, *Universidad Verdad y Coloquio*.

D



Seminario en la Universidad del Azuay. De izq. a der.: Gustavo Vega, José Cordero, Oswaldo Hurtado, Mario Jaramillo, Alejandro Serrano Aguilar y Esteban Vega, c. 1998. Archivo familiar



Mario Jaramillo, ministro de Educación, Cultura y Deportes, junto a Juan Cueva, embajador de Ecuador en Francia, en una conferencia de la UNESCO, París, 1997. Archivo familiar

D



Presentación del libro conmemorativo de la fundación de la Facultad de Ciencias Jurídicas de la Universidad del Azuay, Sala Capitular, 19 de octubre de 2022. De izq. a der.: Santiago Jaramillo, Mario Jaramillo, José Chalco Salgado y Juan Cordero Íñiguez. Archivo UDA



En la presentación del libro conmemorativo de la fundación de la Facultad de Ciencias Jurídicas de la Universidad del Azuay, 19 de octubre de 2022. De izq. a der.: Geneveva Malo, Francisco Salgado, Mario Jaramillo, José Chalco Quezada, detrás Raffaella Ansaloni.

Siguiente página: En el mismo acto, de izq. a der.: Toa Tripaldí, Juan Cordero Íñiguez, Raffaella Ansaloni, Francisco Salgado, Geneveva Malo, Mario Jaramillo, José Chalco Quezada y Guillermo Ochoa. Archivo UDA



LAS CLASES DEL MAESTRO

Oswaldo Encalada Vásquez*

Cincuenta años atrás cursábamos los primeros años en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Cuenca. Junto al riguroso estudio de la Lengua y en flagrante desafío con la sequedad secuenciada de la Historia, teníamos una asignatura diferente: «Historia del Arte». Su profesor: el doctor Mario Jaramillo Paredes.

A esta altura de los tiempos, no sé si se trataba de una historia, o si solo era la carencia de un nombre más adecuado para lo que tenía, en sus contenidos, un acercamiento maravilloso al mundo de las expresiones artísticas del ámbito grecorromano.

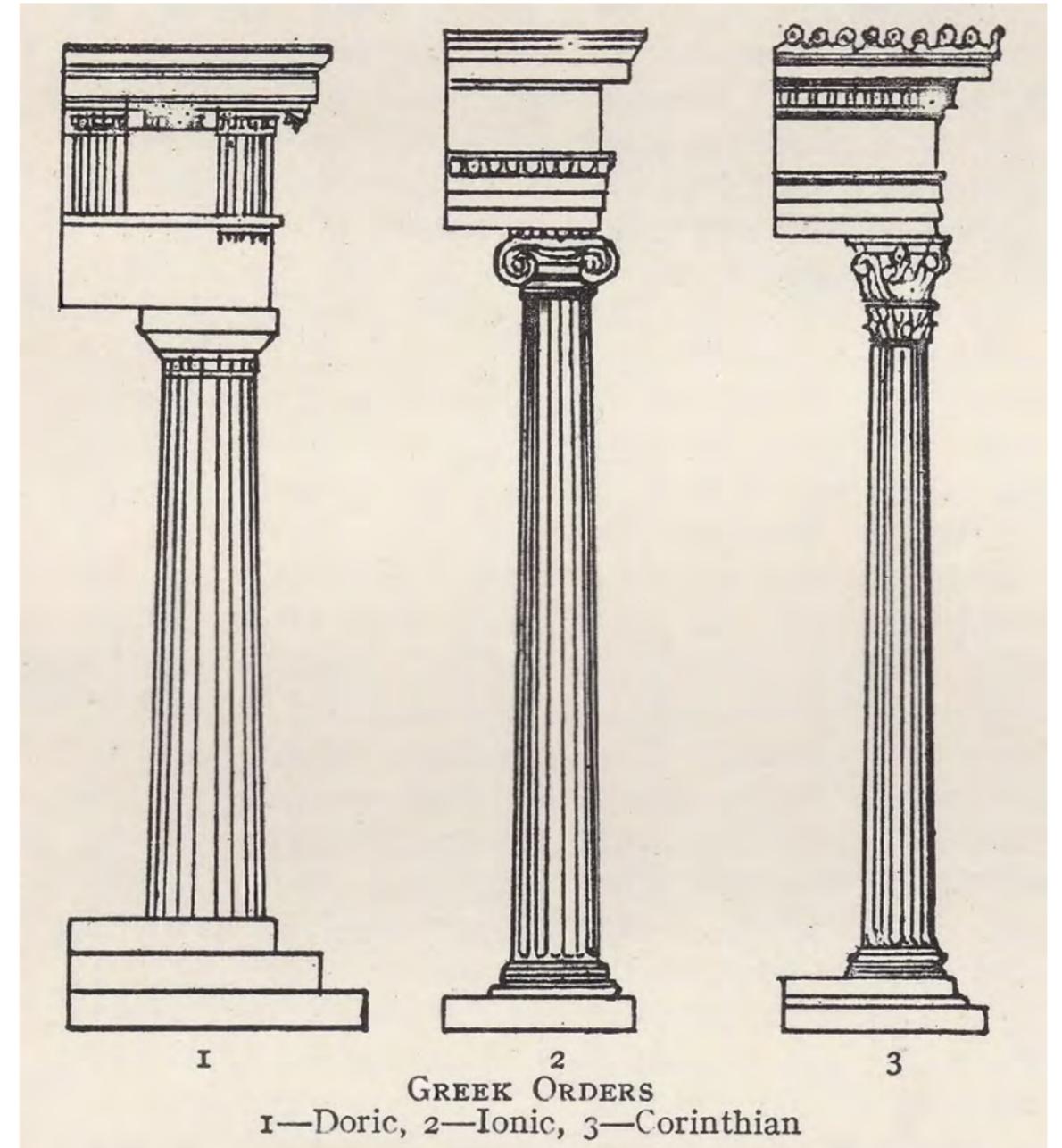
Esta asignatura era una experiencia mágica y totalmente enriquecedora, significaba hundirnos en formas y en colores, en estilos y en proporciones mensuradas por los cánones de la razón y de la forma clásica. A partir de ese momento, en nuestro titubeante y pobre léxico, sonaban palabras de abolengo milenario como *arquitabe*, *friso*, *metopa*, *capitel*, *triglifos*, y los órdenes *dórico*, *jónico* y *corintio* (el de mayor riqueza en la ornamentación).

Pero no solo fue la venerable arquitectura del mundo griego, también asistíamos, embelesados, al descubrimiento de las formas estatuarias de los grandes maestros de la antigüedad, como Fidias o Praxiteles.

Y de obras inmortales como el *Apolo Sauróctono*, del mismo Praxiteles.

La palabra griega *sauróctono* significa «el saurio nacido de la tierra». Y un saurio es un lagarto.

D



Los órdenes principales de la arquitectura clásica: dórico, jónico y corintio.



Fidias, fragmento del friso de las Panatheneas en el Partenón, Atenas, 443 y 438 a. C.

D

Todo esto nos lo aclaraba Mario Jaramillo, maestro de arte más que de otra cosa. Y además de maestro, un caballero de talante afable y sereno.

Y para que el contraste fuera aún más notorio y gozosamente evidente con las otras asignaturas, estas clases tenían, todo el tiempo, la proyección de las imágenes respectivas, porque hablar de la belleza, sin mostrarla, ni percibirla, no es hablar de nada y menos de la belleza. Las clases de Historia del Arte estaban siempre fundamentadas en la mirada. Nuestro recordado maestro usaba un retroproyector, especie de aparato antediluviano —viéndolo desde ahora—, pues era enorme, pesado, todo metal. Y cuando no era el retroproyector, entonces venía al auxilio un proyector de diapositivas, suerte de ruleta rusa de imágenes y de linterna mágica, al mismo tiempo.

No hay hipérbole en decir que estas fueron las clases más gratas y memorables de toda nuestra formación universitaria.



Praxiteles, *Apolo Sauróctano*, Atenas, 350 a. C.

* **Oswaldo Encalada Vásquez.** Narrador, crítico y ensayista en temas antropológicos y lingüísticos. Doctor en Filología por la Universidad de Cuenca, miembro de número de la Academia Ecuatoriana de la Lengua. Ha publicado alrededor de cincuenta libros en cuento, novela, ensayos y en literatura infantil. Exdocente y actual investigador de la Universidad del Azuay.

LA UDA RECUERDA A MARIO

Escribir sobre el Padre, desde el corazón, es muy difícil, pues los sentimientos se los viven, no se los razonan, y más aún si ese padre es Mario Jaramillo Paredes, quien siempre transmitía su bondad e inteligencia y compartía su vida desde el corazón, pero con su inmensa inteligencia proveniente de la razón. Las vivencias que mi padre deja en la vida de nuestra familia, al igual que en la vida de innumerables personas que él, silenciosa y bondadosamente ayudó, son indescriptibles. Un padre sereno, que sabía escuchar con paciencia y entender sin juzgar para guiar con el consejo sabio, de pocas pero profundas palabras, deja una huella imperecedera que alienta y vivirá por siempre.

Mario Jaramillo tenía una virtud que lo distinguió desde su innata vocación de educador: confiar. Él confiaba en las personas, y desde esa roca estaba dispuesto a desprenderse de sí mismo para ir al encuentro del otro. Respetuoso en las relaciones con los demás, fiel a sus principios que miraban la justicia y la solidaridad por encima de cualquier otra apreciación, pocas veces pensaba en sí mismo, pues lo que más le importaba era su familia y la gran familia que le fue encargada a lo largo de su vida académica.

Profundo y reflexivo como el alma de las montañas que tanto le gustaban, pero fuerte y decidido como el viento inquebrantable que sopla en El Cajas, lugar que amaba y al cual acudía para llenar su vida de paz y tener fuerzas para hacer el bien.

Esposo que no pensaba en él, sino en la entrega a su esposa, deja un gigante legado de lo que es el amor; parafraseando a San Pablo, a quien leía, entrega sin límites, espera sin límites y perdón sin límites. Me enseñó y dejó muchos legados que los llevo conmigo, entre ellos la certeza de que en la vida solo triunfa el amor,



SANTIAGO JARAMILLO MALO,
procurador

que todo pasa, que todo tiene un sentido, que siempre es posible levantarse de las caídas y que la vida tiene que ser vivida sin prisas ni angustias, pues si hacemos las cosas bien, todo estará bien, frase que siempre la repetía cuando acudía a él ante las ciertas aflicciones.

En el lecho del dolor de sus últimos días, nos siguió enseñando a vivir. Con alegría, siempre pensando en los demás, y en su último suspiro nos mostró que la muerte es trascender a la vida plena. Sin quejarse, sin cuestionar, sin incomodar, murió como siempre vivió: desprendido, sin cargas y en paz.

D

Mi suegro, con su ejemplo me enseñó cómo se debe actuar día a día, con rectitud, y lo más importante, me enseñó a ayudar al prójimo sin cuestionamientos. Siempre decía que entreguemos todo lo bueno que tenemos de nosotros y que no esperemos nada a cambio, pues el verdadero sentido de la vida está en dar desde el corazón.

En el diario vivir no solo me daba grandes lecciones con su sabiduría, con las palabras justas y necesarias en los momentos de dificultad, sino que me enseñaba a disfrutar de lo sencillo y hermoso que hay en la vida y lo hacía con la seriedad de sus ocurrencias transformadas en un fino humor que relajaba cualquier tensión y transformaba momentos difíciles en momentos de paz y esperanza, en momentos únicos, pues cada momento a su lado era único. Él vivía para los demás. Seguro que su propia vida le importaba mucho y la respetaba, pero no lo hacía notar, pues su desprendimiento llegaba a tal punto que uno pensaba que Mario Jaramillo no tenía problemas y que siempre todo estaba bien.

Su ausencia física me deja un vacío muy grande que no se puede explicar, pero sus consejos y ejemplo perduran y viven día a día, y me muestran cómo debo actuar frente a las situaciones que se presentan. En cada momento me pregunto ¿qué haría Mario en esta situación? y la respuesta llega.

Mario, entre tantas lecturas, citas y guías de vida, llevaba consigo siempre el himno del Quijote: «Con fe lo imposible soñar, al mal combatir sin temor, triunfar sobre el miedo invencible, en pie soportar el dolor». Esta frase describe todas las huellas que él sembró en mí.



VIVIANA ANDRADE,
profesora de la Facultad de Filosofía
y Ciencias Humanas

He permanecido unos días meditando y escuchando al corazón para escribir una frase que describa la relación muy especial que tuve con mi hermano Mario, que más que hermano en estos últimos tiempos fue mi amigo.

Él me enseñó muchas cosas, pero añoro las épocas en que me instruía a montar bicicleta, a nadar en el canal de la compuerta en Monay, a pescar, a caminar y a apreciar las montañas en las cuales me quedé para siempre...

Por estos recuerdos puedo decir que Mario, más que alto era *grande* y que a estas personas no se les puede enterrar sino sembrar, para que ese polvo de estrellas siempre esté abonando nuestro florecer.



FABIÁN JARAMILLO PAREDES,
director médico

D

Siempre he dicho que lo que soy se lo debo a Dios; sin embargo, debo reconocer que Dios pone ángeles en nuestras vidas y el doctor Mario Jaramillo fue uno de ellos en mi vida, me dio la oportunidad de trabajar en la Universidad, aun siendo menor de edad. Empecé haciendo las prácticas de Secretariado, luego me llamaron para trabajar en los proyectos de La Josefina y después para colaborar en la Facultad de Diseño como Auxiliar de Secretaria en reemplazo de la titular. Luego me llamaron del rectorado y me pidieron que reemplazara por unos días a la secretaria que había tomado sus vacaciones. Con el corazón latiendo a mil y con las piernas temblando llegué al rectorado. Ahí estaba el doctor Mario, con su presencia tan imponente, me miró y dijo: «Karina, estos días trabajará en la secretaría del rectorado».

Estando en el rectorado supe que pronto llamarían a concurso interno para llenar la vacante de la Facultad de Diseño, y me atreví a conversar con él, con algo de nervios le dije: «Doctor, si no se llena la vacante con el concurso interno, sé que van a llamar a un externo, ¿cree usted que puedo presentarme y postular?». Me miró a los ojos y con voz firme me respondió: «No, no voy a llamar a concurso interno, tampoco externo». Me quedé helada... de pronto sonrió y con su voz firme me dijo: «El puesto es suyo». No lo podía creer, sería parte de la Universidad y ya no como reemplazo. Poco a poco me acercaría al rectorado y con los años trabajaría muy cerca del doctor Mario, un gran privilegio.

Si bien recordar me trae nostalgia por su ausencia física, también hay una inmensa gratitud por el tiempo compartido, por ser testigo de su calidad humana, de su entrega a su familia, a la Universidad. Lo admiraba, cuánto conocimiento, cuánta sabiduría en un ser humano, el doctor Mario sabía de lo que hablaba, escribía de lo que sabía y solo su presencia era suficiente para impartir una cátedra. El doctor Mario era dueño de un humor particular, muchas veces no sabía si debía reírme



KARINA VANEGAS,
coordinadora de Talento Humano

o no porque me estaba haciendo una broma o me estaba hablando en serio, y en esos gratos momentos en el que se compartía en grupo, Fanny [Tapia] me miraba y me decía: «ríase Karina, es una broma».

Ahora sé que desde aquella ruta inexplicable ajena al diálogo de los mortales, desde aquel lugar de paz donde van quienes hicieron de su vida un arte, el doctor Mario Jaramillo habita a plenitud. Su recuerdo y legado siempre quedarán en mi corazón.

Mi formación académica y profesional le debe mucho al apoyo del doctor Mario Jaramillo. Yo trabajaba en La Huella Digital, una copiadora que funciona acá. Un día llegó una señora muy amable y pedí a los chicos que estaban en la cola de las copias que le demos preferencia a ella por tratarse de una persona mayor. Tenía una foto muy bonita de unas niñas, —después supe que eran sus nietas— que quería enmarcarlas, quería un portarretratos, algo más artesanal me imagino. Al siguiente día me mandaron a llamar del rectorado. No sabía de qué se trataba. Allí estaba el doctor Mario con la señora que había atendido... era su esposa. Él me dice «José, muchas gracias por haberle dado el servicio tan personalizado y por haber atendido de esa manera a mi esposa». Desde ahí el doctor Mario comenzó a llamarme para que le ayude con ciertos temas de diseño porque él pensaba que yo era diseñador. Cuando le comenté que no era diseñador me dijo: «Tienes que aprovechar lo que has aprendido en la vida y tienes que entrar a estudiar», y me otorgó una beca del 100 %. Llamó al arquitecto Leonardo Bustos, que era el decano de la Facultad de Diseño en ese momento y le preguntó si había cupos. Quedaban apenas cinco cupos y debía dar un examen el lunes siguiente o esperar hasta el próximo año que se abría el propedéutico. Yo me arriesgué a dar la prueba el lunes.

Me gradué un 9 de agosto, el día de mi cumpleaños, y en octubre me llamaron del Departamento de Planificación, así fue cómo me vinculé a la comunidad de la UDA. Diseñé muchas de las comunicaciones que se necesitaban, otras se mandaban a agencias de diseño. Después, gracias al apoyo del doctor Francisco Salgado, tuve la oportunidad de integrarme como profesor en la Facultad de Diseño y actualmente en la Facultad de Filosofía. Durante su administración se creó, además, el Departamentode Comunicación bajo la dirección de Toa Tripaldi; ahí trabajé casi dos años. Entonces, el señor rector planteó darle una nueva apertura al tema de la imprenta y me encargaron la coordinación. Yo tenía un breve conocimiento de haber trabajado en imprentas



JOSÉ MACÍAS,
coordinador del PrintLab

antes de entrar aquí, trabajé ocho años en La Huella Digital. También se me dio la oportunidad de hacer una maestría en Proyectos de Diseño y allí desarrollé el proyecto del PrintLab, concebido como un laboratorio, como un espacio de aprendizaje y pasantía para nuestros estudiantes, que nos ha colocado a la vanguardia del mercado.

D

Aún tengo en mente cuando en septiembre del 2000, siendo una joven ingresante en la Universidad del Azuay, tuve mi primer encuentro con el doctor Mario Jaramillo, quien en ese entonces ejercía como rector. Su imponente presencia, con ese porte distinguido y voz clara con la que nos dirigió unas palabras de bienvenida, denotaba a un líder nato. Exprofesor de mi padre y ex Ministro de Educación, el doctor Jaramillo infundía admiración y respeto con su sola presencia.

Con el paso del tiempo, nació en mí el interés por participar en la representación estudiantil ante el Consejo Universitario. Fue, entonces, cuando pude conocer de cerca al doctor Mario Jaramillo, un firme impulsor del liderazgo estudiantil. Sus puertas siempre estuvieron abiertas para escucharnos atentamente, nuestras opiniones eran bien recibidas y nuestras ideas sabiamente orientadas. El miedo a dirigirnos a las autoridades se disipaba rápidamente, pues su personalidad transmitía confianza dentro de un profundo marco de respeto.

Respaldando las propuestas innovadoras y aplaudiendo la búsqueda de la justicia, el doctor Mario guiaba con visión de futuro. Sus palabras infundían esperanza, alentándonos a servir a la sociedad a través de la educación y la cultura.

Recuerdo haberlo visto actuar con gran empatía frente a problemas y necesidades de los estudiantes, guiado siempre por su sentido de la justicia y humanidad. Con el paso de los años, luego de graduarme e integrarme al mercado laboral en empresas líderes de la ciudad por su amable recomendación, tuve el privilegio de que me diera la oportunidad de trabajar en la Universidad del Azuay, que él había hecho tan cercana a mi corazón desde que sembró en mí esa semilla de liderazgo que moldeó mi personalidad. Esa huella imborrable suya hizo que, como tantos otros jóvenes, viera a la UDA como el lugar ideal para desarrollarme profesionalmente y servir a la sociedad.



MARÍA ELENA CASTRO,
profesora de la Facultad de Ciencias
de la Administración

Ya en la UDA, me involucraría una vez más en el cogobierno universitario, esta vez como representante de empleados y trabajadores. Nuevamente fue él quien me alentó a continuar mis estudios de cuarto nivel. Tuvimos gratas conversaciones sobre la buena política cuando asumí el reto de candidatizarme a la Asamblea Constituyente junto al doctor Edgar Rodas, otro destacado académico, precursor de grandes causas humanitarias. Visionario caballero de ideales que perduran, el doctor Mario Jaramillo ha sido nuestro gran luchador contra molinos de viento.

Tuve el honor de ser alumno del doctor Mario Jaramillo en la Universidad de Cuenca, donde era siempre muy preciso, muy claro en transmitir sus conocimientos. Luego tuve la suerte de trabajar con él en el Departamento de Investigaciones, acá en la UDA, cuando asumió el decanato y yo prestaba mis servicios como conserje. Yo trataba de hacer las cosas bien, me sentía satisfecho de hacer bien las cosas, sabía que eso repercutía en las personas a las que prestaba mis servicios. El doctor Jaramillo tenía la cualidad de escuchar, de dar un espacio a las personas, tenía un concepto de equidad respecto a funcionarios, administrativos y docentes. Recuerdo que cuando asumió el rectorado dijo: «Nuevos vientos soplan en la Universidad», esto quería decir que había una nueva actitud respecto a los trabajadores, para que la Universidad resurja con una nueva perspectiva. Su gestión duró veinte años y toda la gente confió en su capacidad. Algún momento tuve que dejar la Universidad y cuando pedí volver el doctor Jaramillo me acogió generosamente. Me desempeñé como auxiliar en Inventarios por un buen tiempo, luego, por pedido de él mismo, colaboré en el Departamento de Posgrados. También me apoyó para que pueda estudiar en la Facultad de Administración y luego para hacer la maestría. Desde 1987, esta Universidad ha significado mi vida, la he visto crecer y tengo muy gratos recuerdos y un cariño profundo a la institución, que ha progresado gracias a la buena gestión de sus rectores. Eso es lo que puedo destacar: la calidad humana del doctor Jaramillo.



OSWALDO ARPI,
tesorero

D

